

tenía empleo, y le llamaba para que, si era tan bueno, diese lección de latín á un hijo de las entrañas, mucho más mocoso que amigo de los clásicos. No pensaba Zurita aceptar la proposición, pues aunque sus rentas eran lo escasas que sabemos, á él le bastaban, y la filosofía, además, no le permitía perder el tiempo en niñerías por el vil interés; pero fué á ver á la señora para decirsele todo en persona.

Era la dama, ó rica ó amiga de aparentarlo, porque su casa parecía de gran lujo y allí vió, palpó y hasta olió Zurita cuanto inventó el diablo para regalo de los sentidos perezosos. Lo peor de la casa era el marido, casi enano, bizco, y de tan malos humores, que los vomitaba en forma de improperios de la mañana á la noche; pero estaba poco en casa, de lo que se mostraba muy contenta la señora. Ésta llamada doña Engracia, era beata de las orgullosas, de las que se ponen muy encarnadas si oyen hablar mal de los curas malos, como si fuesen ellas quien los cría; su virtud parecía cosa de apuesta, más la tenía por tesón que por amor de Dios, que era como no tenerla. Siempre hablaba de privaciones

de penitencias; pero, como no fuera de lo desagradable, lo pobre y lo feo, no se sabía de qué se privaba aquella señora, rodeada de seda y terciopelo, que pisaba en blanduras recostando el cuerpo, forrado de batista, en muebles que hacían caricias suaves como de abrazos al que se sentaba ó tendía en ellos. Verdad es que ayunaba y comía de vigilia siempre que era de precepto, y otras veces por devoción; pero sus ayunos eran pobreza del estómago, que no resistía más alimento, y sus vigiliass comer mariscos exquisitos y pescados finos y beber vinos deliciosos. No tenía amante doña Engracia, y como el marido bizco y de forma de chaparro no hacía cuenta, sus veintinueve años (los de la dama) estaban en barbecho. No le faltaban deseos, tentaciones, que ella atribuía al diablo; pero por salir con la suya rechazaba á cuantos se le acercaban con miras de pecar. Mas la ociosa lascivia urgaba, y como no tenía salida, daba coces contra los sentidos que se quejaban de cien maneras. Pasaba la señora el día y la noche en discurrir alguna traza para satisfacer aquellas ansias sin dejar de parecer buena, sin que hubie-

ra miedo de que el mundo pudiese sospechar que las satisfacía. Y al cabo el diablo, que no podía ser otro, le apuntó lo que había de hacer, poniéndole en la memoria al don Aquiles Zurita que había conocido en Valencia.

Para abreviar (que no es ésta la historia de doña Engracia, sino la de Zurita), la dama consiguió que el filosofastro «le sacrificara», como ella dijo, una hora cada día para enseñar latín al muchacho. Al principio la lección la tenían á solas maestro y discípulo; pero, pasada una semana, la madre del niño comenzó á dejar olvidados en la sala de la lección pañuelos, ovillos de hilo, tijeras y otros artículos, y al cabo no hacía ya más que entrar y salir, y más al cabo no hacía más que entrar y no salir; con lo que Zurita, á pesar de su modestia é inocencia pristina, comenzó á sospechar que doña Engracia se había aficionado á su persona.

¡Rara coincidencia! Observación parecida había hecho en la posada, notando que la patrona, doña Concha, suspiraba, bajaba los ojos y retorció las puntas del delantal en cuanto se quedaba sola con él. Los suspiros

eran de bomba real allá en la noche, cuando Aquiles meditaba ó leía, y la viuda, que dormía pared por medio, velaba distraída en amorosas cavilaciones. En una ocasión tuvo el eterno estudiante que dejar las ociosas plumas (que eran de paja y pelote duro) porque la disentería le apuraba — ¡tanto estudiar! — y á media noche, descalzo y á oscuras, se aventuró por los pasillos. Equivocó el camino, y de golpe y porrazo dió en la alcoba de doña Concha. La viuda, al sentir por los pasillos al joven, había apagado la luz y esperaba, con vaga esperanza, que una resolución heroica del muchacho precipitase los acontecimientos que ella en vano quería facilitar á fuerza de suspiros simbólicos. Doña Concha era romántica tan consecuente como Moyano, y hubiera preferido una declaración á la luz de la luna y por sus pasos contados, con muchos preparativos, graduada y *matizada*; pero, ya que el ardiente doncel prefería un ataque brutal, ella estaba dispuesta á todo, aunque reservándose el derecho de una protesta tímida y débil, más por lo que se refería á la forma que por otra cosa. Doña Concha tenía

cuarenta años bien conservados, pero cuarenta...

Cuando conoció su error, que fué pronto, Zurita se deshizo en excusas y buscó precipitadamente la puerta. Entonces el pudor de la patrona despertó como el león de España en 1808 y comenzó á gritar: «¡Ladrones! ¡ladrones! ¿Quién anda ahí?... ¡Oigan la mosquita muerta!», y otros tópicos de los muchos que ella conocía para situaciones análogas. El amor propio no le dejó á la viuda creer lo de la equivocación, y se inclinó á pensar que el prudente Aquíles, en un momento de amor furioso, se había levantado y había acometido la empresa formidable de que luego se arrepintiera, tal vez por la pureza de su amor secreto.

Ello es que la viuda siguió suspirando, y hasta se propasó, cuando vino la primavera, á dejar todas las mañanas en un búcaro de barro cocido un ramo de violetas sobre la mesilla de noche del filosofastro.

Comprendiendo Aquíles que aquella pasión de doña Concha le distraía de sus reflexiones y le hacía pensar demasiado en las calidades del *yo* finito, decidió dejar la

posada de las chuletas de cartón-piedra, y sin oír á los sentidos, que le pedían el pasto perpetuamente negado, salió con su baúl, sus libros y su filosofía armónica de la isla encantada en que aquella Circe, con su lunar junto á la boca, ofrecía cama, cocido y amor romántico por seis reales... sin principio.

Más peligrosa era la *flirtación* de doña Engracia, que cada día se insinuaba con mayor atrevimiento. Vestía aquella señora en casa unos diablos de batas de finísima tela que se pegaba al cuerpo de diosa de la enemiga como la hiedra al olmo; se sentaba en el sofá, y en la silla larga, y en el confidente (todo ello blando, turgente y lleno de provocaciones), con tales posturas, doblándose de un modo y enseñando unas puntas de pie, unos comienzos de secretos de alabastro y unas líneas curvas que mareaban, con tal arte y hechicería, que el mísero Zurita no podía pensar en otra cosa, y estuvo una semana entera apartado de su investigación de la Unidad del Sér en la conciencia, por no creerse digno de que ideas y comuniones tan altas entrasen en su pobre morada.

Según huían los pensamientos filosóficos, despertaban en el cerebro del hijo del dómine recuerdos de los estudios clásicos y se le aparecía Safo con aquel *zumbar de oídos*, que á él también le sorprendiera algunas veces cuando doña Engracia se le acercaba hasta tocarle las rodillas con las suyas. Entonces también le venía á la memoria aquello de Ovidio en la Elegía iv de *Los Amores*:

*Quidquid ibi poteris tangere, tange mei...*

¡Ovidio! De coro se lo sabía Aquíles, pero ¡con qué desinterés! Sin que un mal pensamiento surgiese en su mollera, consagrada á las humanidades, en la juventud risueña Aquíles había traducido y admirado, desde el punto de vista del arte, todas las picardías galantes del poeta de las *Metamorfosis*. Sabía cómo había que enamorar á una casada, las ocasiones que se debían aprovechar y las maniobras á que se la sujetaba para que no pudiera inspirar celos al amante el marido. Pero todo esto le parecía antes á Zurita bromas de Ovidio, mentiras hermosas para llenar exámetros y pentámetros.

Mas ¡ay! ahora los dísticos del poeta de los cosméticos volvían á su cerebro echando fuego, cargados de aromas embriagadores, con doble sentido, llenos de vida, significando lo que antes Aquíles no podía comprender. ¡Cuántas veces, mientras estaba al lado de doña Engracia, como un palomino aturdido, sin dar pie ni mano, venían á su imaginación los pérfidos consejos del poeta lascivo!

¡Y qué extraña mezcla harían allí dentro los versos del latino y los sanos preceptos de los *Mandamientos de la Humanidad* vulgarizados en francés por el simpático filósofo de Bruselas Mr. Tiberghien! «¡Vaya una manera de buscar lo Absoluto dentro de mísiendo uno conmigo!», pensaba Zurita.

—Sin embargo—añadía—yo no sucumbiré, porque estoy decidido á no declararme á doña Engracia, y ella, es claro que no se atreverá á ser la que envide; porque, como dice el condenado pagano, no hay que esperar que la mujer emprenda el ataque, aunque lo desee:

*Vir prior accedat; vir verba precantia dicat:  
Excipiet blandas comiter illa preces.  
Ut potiare roga; tantum cupit illa rogari*

Á pesar de tanto latín, Aquiles y Ovidio se equivocaron por esta vez, por que doña Engracia, convencida de que el tímido profesor de Humanidades jamás daría el paso definitivo, el que ella anhelaba, se arrojó á la mayor locura. Pálida, con la voz temblona, desgredada, se declaró insensata un día al anochecer, estando solos. Pero Aquiles dió un brinco enérgico y dejó el bastón (pues capa no tenía) en casa de aquella especie de Pasifae enamorada de un cuadrúpedo.

— ¡Sí, un cuadrúpedo! — iba pensando por la calle él — por que debiendo haber huído antes, esperé á esta vergüenza, y estoy en ridículo á los ojos de esa mujer, y no muy medrado á los de mi conciencia, que mucho antes quiso el remedio de la fuga, y no fué oída.

Pero si al principio se apostrofó de esta suerte, más tarde, aquella misma noche, reflexionando y leyendo libros de moral, pudo apreciar con más justicia el mérito de su resistencia. Comió muy mal, como solía, pues para él mudar de posada solo era mudar de hambre, y las chuletas de aquí solo se diferenciaban de las de allá en

que las unas podían ser de jaco andaluz y las otras de rocín gallego; mas para celebrar aquel triunfo moral del *ángel sobre la bestia*, como él decía, se toleró el lujo de pedir á la criada vino de lo que costaba á dos reales botella. Ordinariamente no lo probaba. Salió de su casa Aquiles á dar un paseo. Hacía calor. El cielo ostentaba todos sus brillantes. Debajo de algunos árboles de Recoletos, Zurita se detuvo para aspirar aromas embriagadores, que le recordaban los perfumes de Engracia. ¡Oh, sí, estaba contento! ¡Había vencido la tentación! ¡Aquella hermosa tentación!... ¿Quién se lo hubiera dicho al catedrático de los anteojos ahumados? Aquel pobre Aquiles tan ridículo había rechazado en poco tiempo el amor de dos mujeres. Dejemos á un lado á doña Concha, aunque no era grano de anís; pero ¿y doña Engracia? Era digna de un príncipe. Pues bien, se había enamorado de él, le habia provocado con todas las palabras de miel, con todos los suspiros de fuego, con todas las miradas de gancho, con todas las posturas de lazo, con todos los contactos de liga... y la mosca, la salamandra, el pez, el bruto, el ave

no habían sucumbido. ¿Por qué se había enamorado de él aquella señora? Zurita no se hacía ilusiones; aun ahora se veía en la sombra, entre los árboles, y reconocía que ni fantaseada por la luz de las estrellas su figura tenía el patrón de Apolo. Doña Encracia había amado en él el capricho y el misterio. Aquel hombre tímido, para quien un triunfo que otros divulgan era una abominación, un pecado irredimible, callaría hasta la muerte. El placer con Zurita era una singular manera del placer solitario. «Además, añadía para sus adentros Aquiles, yo sé por la Historia que ha habido extrañas aberraciones del amor en ilustres princesas; una se enamoró de un mono, otra de un enano, aquella de un cretino... y Pasifae de un toro, aunque esto es fabuloso; ¿por qué no se ha de enamorar de mí una mujer caprichosa?» Esta humildad positiva con que Zurita reconocía la escasez de sus encantos, esta sublime modestia con que se comparaba á un mono, le inundaba el alma de una satisfacción y de un orgullo legítimos.

Y así, muy en su derecho, suspiró, como quien respira después de un aprieto,

mirando á su sombra desairada, y en voz alta, para oirse á sí mismo, exclamó contento (*compos voti*, pensó él):

—¡Oh, lo que es psicológicamente considerado... no soy una *vulgaridad!*

## IV

Pasaron meses y meses, y un año, y más. Zurita seguía en Madrid asistiendo á todas las cátedras de ciencia armónica, aunque en el fondo de su fuero interno—como él lo llamaba—ya desesperaba de encontrar lo Absoluto, el Sér, así en letra mayúscula, en el propio *yo* «no como éste á distinción de los demás, sino en sí, en lo que era antes de ser para la relación del límite, etc.» El mísero no podía prescindir del *yo* finito aunque le ahorcasen.

Sin embargo, no renegaba del armonismo, aunque por culpa de éste se estaba retrasando su carrera; no renegaba porque á él debía su gran energía moral, los solitarios goces de la virtud. Cuando oía asegurar que la satisfacción del bien obrar no

es un placer intenso, se sonreía con voluptuosa delicia llena de misterio. ¡Lo que él gozaba con ser bueno! Tenía siempre el alma preparada como una tacita de plata para recibir la presencia de lo Absoluto, que *podía ser un hecho* á lo mejor. Así como algunos municipios desidiosos y dinásticos limpian las fachadas y asean las calles al anuncio de un viaje de SS. MM., Zurita tenía limpia, como ascua de oro, la pobre pero honrada morada de su espíritu, esperando siempre a visita del Sér. Además, la idea de que él era uno con el Gran Todo le ponía tan hueco y le daba tales ínfulas de personaje impecable, que el infeliz pasaba las de Caín para no cometer pecados ni siquiera de los que se castigan como faltas. Él podría no encontrar lo Absoluto, pero el caso era que persona más decente no la había en Madrid.

Y cuando discutía con algún descreído decía Aquiles triunfante con su vocecilla de niño de coro:

—Vea V.; si yo no creyera en lo Absoluto, sería el mayor tunante del mundo; robaría, seduciría casadas y doncellas y viudas.

Y después de una breve pausa, en que se imaginaba el bendito aquella vida hipotética de calavera, repetía con menos convicción y menos ruido:

—Sí, señor, sería un pillo, un asesino, un ladrón, un libertino...

Por aquel tiempo algunos jóvenes empezaban á decir en el Ateneo que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir; que de tejas arriba todo era conjeturas; que así se sabía lo que era la esencia de las cosas como se sabe si España es ó no palabra vascongada. Casi todos estos muchachos eran médicos, más ó menos capaces de curar un constipado, alegres, amigos de alborotar y despreocupados como ellos solos. Ello es que hablaban mucho de Matemáticas, y de Física, y de Química, y decían que los españoles éramos unos retóricos, pero que afortunadamente ellos estaban allí para arreglarlo todo y acabar con la Metafísica, que, según parecía, era lo que nos tenía arruinados.

Zurita, que se había hecho socio transeunte del Ateneo, merced á un presupuesto extraordinario que amenazaba *labrar su ruina*, Zurita oía con la boca abierta á to-

dos aquellos sabios más jóvenes que él, y algunos de los cuales habían estudiado en París, aunque pocos. Los enemigos de la Metafísica se sentaban á la izquierda, lo mismo que Aquiles, que era liberal desde que era armónico. Algunas veces el orador antimetafísico y empecatado decía: «*Los que nos sentamos en estos bancos* creemos que tal y que cual.» Zurita saltaba en la butaca azul, porque él no creía aquello. Su conciencia comenzó á sufrir terribles dolores.

Una noche un joven que estaba sentado junto á él y á quien había visto dos años atrás en la Universidad cursando griego y jugando al toro por las escaleras, se levantó para decir que el krausismo era una *inanidad*; que en España se había admitido por algunos, porque acabábamos de salir de la primera edad, ó sea de la teológica, y estábamos en la metafísica; pero era preciso llegar á la edad tercera, á la científica ó positiva.

Zurita no durmió aquella noche. Lo de estar en la segunda edad le parecía un atraso y, francamente, él no quería quedarse á la zaga.

Volvió al Ateneo, y... nada, todos los días lo mismo.

No había Metafísica; no había que darle vueltas. Es más, un periódico muy grande, á quien perseguía mucho el Gobierno por avanzado, publicaba artículos satíricos contra los *ostras* que creían en la *psicología vulgar*, y los equiparaba á los reaccionarios políticos.

Zurita empezó á no ver claro en lo Absoluto.

Por algo él no encontraba el Sér dentro de sí, antes del límite, etc., etc.

«¿Sería verdad que no había más que hechos?»

»Por algo lo dirían aquellos señoritos que habían estudiado en París, y los otros que sabían ó decían saber, termodinámica.»

Discutiendo tímidamente en los pasillos con un paladín de los *hechos*, con un enemigo de *toda ciencia à priori*, Zurita, que sabía más lógica que el otro, le puso en un apuro, pero el de los hechos le *aplastó* con este argumento:

—¿Qué me dice V. á mí, santo varón, á mí, que he comido tres veces con Claudio

Bernard, y le di una vez la toalla á Vulpián, y fui condiscípulo de un hijo del secretario particular de Littré?...

Zurita calló, anonadado. ¡Se vió tan ridículo en aquel momento! ¿Quién era él para discutir con el hombre de la toalla?... ¿Cuándo había comido él con nadie?

Dos meses después Aquiles se confesaba entre suspiros «que había estado perdiendo el tiempo lastimosamente». El armonismo era una *bella, bellissima* y *consoladora* hipótesis... pero le faltaba la base, los hechos...

«¡No había más que hechos por desgracia!»

— Bien; pero ¿y la moral?

¿En virtud de qué principio se le iba á exigir á él en adelante que no se dejara seducir por las patronas y por las señoras casadas?

«Si otra Engracia...», y al pensar esto se le apareció la hermosa imagen de la provocativa adúltera, que le enseñaba los dientes de nieve en una carcajada de sarcasmo. Se burlaba de él, le llamaba necio, porque había rechazado groseramente los favores sabrosos que ella le ofrecía... y resultaba

que no había más que hechos, es decir, que tan hecho era el pecado como la abstención, el placer como la penitencia, el vicio como la virtud.

«¡Medrados estamos!», pensaba Zurita, desanimado, corrido, mientras se limpiaba con un pañuelo de hierbas el sudor que le caía por la espaciosa frente...

«Y á todo esto, yo no soy doctor, ni puedo aspirar á una cátedra de Universidad; tendré que contentarme con ser catedrático de Instituto, sin ascensos y sin derechos pasivos; es decir, tengo que renunciar á la familia, al amor casto, mi sueño secreto de toda la vida... ¡Oh, si yo cogiese ahora por mi cuenta al pícaro de don Cipriano, que me metió en estos trotes de filosofía armónica!...

Y la Providencia, ó mejor, los hechos, porque Zurita ya no creía en la Providencia (por aquellos días á lo menos), la casualidad en rigor, le puso delante al mismísimo don Cipriano, que volvía de los toros con su familia.

¡Sí, con su familia! Venía vestido de negro, con la levita muy limpia y flamante, y sombrero de copa, que tapaba cuidado-

samente con un pañuelo de narices, porque empezaban á caer gotas; lucía además el filósofo gran pechera con botonadura de diamantes, cadena de oro y una cara muy afeitada. Daba gozo verlo. De su brazo derecho venía colgada una señora, que trascendía á calle de Toledo, como de cuarenta años, guapetona, blanca, fina de facciones y grande de cara, que no era de muchos amigos. La filósofa, que debía de ser garbancera ó carnicera, ostentaba muchas alhajas de mal gusto, pero muy ricas. Delante del matrimonio una pasiega de azul y oro llevaba como en procesión un enteco infante, macrocéfalo, muy emperifollado con encajes, seda y cintas azules.

En otra ocasión Zurita no se hubiera atrevido á detener á don Cipriano, que pasaba fingiendo no verle, pero en aquel momento Aquiles tuvo el valor suficiente para estorbar el paso á la pareja rimbombante y saludar al filósofo con cierto aire triste y cargado de amarga ironía. Temblábale la voz al decir:

—Salud, mi querido maestro; ¡cuántos siglos que no nos vemos!

La filósofa, que le comía las sopas en la

cabeza á Zurita, le miró con desprecio y sin ocultar el disgusto. Don Cipriano se puso muy colorado, pero disimuló y procuró estar cortés con su antigua víctima de trascendentalismo.

En pocas palabras enteró á Zurita de su nuevo estado y próspera fortuna.

Se había casado, su mujer era hija de un gran maragato de la calle de Segovia, tenían un hijo, á quien había bautizado porque *había que vivir en el mundo*; él ya no era krausista, ni los había desde que Salmerón estaba en París. El mismo don Nicolás, según cartas que don Cipriano decía tener, iba á hacerse médico positivista.

—Amigo mío—añadió el ex-filósofo poniendo una mano sobre el hombro de Zurita—estábamos equivocados; la investigación de la Esencia del Sér en nosotros mismos es un imposible, un absurdo, cosa inútil; el armonismo es pura *inanidad* (¡Dale con la palabreja! pensaba Zurita), no hay más que hechos. Aquello se acabó; fué bueno para su tiempo; ahora la experimentación... los hechos... Por lo demás, buena corrida la de esta tarde; los toros como del Duque, el *Gallo* superior con el trapo, des-

graciado con el acero... Rafael, de azul y oro, como el ama, algo tumbón pero inteligente. Y ya sabe V., si de algo puedo servirle... Duque de Alba, 7, principal derecha...

La hija del maragato saludó á Zurita con una cabezada, sin soltar, es decir, sin sonreír ni hablar; y aquel matrimonio de mensajerías desapareció por la calle de Alcalá arriba, perdiéndose entre el polvo de un derribo...

—¡Estamos frescos!—se quedó pensando Zurita.—De manera que hasta ese Catón se ha pasado al moro; no hay más que hechos... don Cipriano es un hecho... y se ha casado con una acémila rica... y hasta tiene hijos... y diamantes en la pechera.. Y yo ni soy doctor... ni puedo acaso aspirar á una cátedra de Instituto, porque no estoy al tanto de los conocimientos modernos! Sé pensar y procurar vivir con arreglo á lo que me dicta mi conciencia; pero esto ¿qué tiene que ver con los hechos? En unas oposiciones de Psicología, Lógica y Ética, por ejemplo, ¿me van á preguntar si soy hombre de bien? No por cierto.

Y suspirando añadía:

—Me parece que he equivocado el camino.

En un acceso de ira, ciego por el desencanto, que también deslumbra con sus luces traidoras, quiso arrojarse al crimen... y corrió á casa de doña Engracia, dispuesto á pedirle su amor de rodillas, á declarar y confesar que se había portado como un beduino, porque no sabía entonces que todo eran hechos, y nada más que hechos...

Llegó á la casa de aquella señora. El corazón se le subió á la garganta cuando se vió frente á la portería, que en tanto tiempo no había vuelto á pisar...

—El señor Tal, ¿vive aquí todavía?

—Sí, señor; segundo de la izquierda...

Zurita subió. En el primer piso se detuvo, vaciló... y siguió subiendo.

Ya estaba frente á la puerta, el botón dorado del timbre brillaba en su cuadro de porcelana; Aquiles iba á poner el dedo encima...

¿Por que no? No existía lo Absoluto, ó por lo menos, no se sabía nada de ello; no había más que hechos; pues para hecho, Engracia, que era tan hermosa...

—Llamo—se dijo en voz alta para animarse.

Y no llamó.

—¿Quién me lo impide?—preguntó á la sombra de la escalera.

Y una voz que le sonó dentro de la cabeza respondió.

—Te lo impide... *el imperativo categórico*... Haz lo que debes, suceda lo que quiera.

Aquíles sacudió la cabeza en señal de duda.

—No me convenzo—dijo; pero dió media vuelta y á paso lento bajó las escaleras.

En el portal le preguntó la portera...

—¿Han salido? pues yo creía que la señora estaba...

—Sí—contestó Zurita—pero está ocupada... está... con el *imperativo categórico*... con un alemán... con el diablo, ¡señora!... ¿á V. qué le importa?

Y salió á la calle medio loco, según se saca del contexto.

## V

Aquíles Zurita frisaba con los cuarenta años cuando, según el estilo de un periódico

de provincia que se dignó dar la noticia, *vió, al fin, coronados sus esfuerzos con el merecido galardón* de una cátedra de Psicología, Lógica y Ética, en el Instituto de Lugarucos, pueblo de pesca, donde un americano pródigo había fundado aquel centro de enseñanza para los hijos de los marineros que quisieran ser pilotos.

Cinco oposiciones había hecho Aquíles antes de *obtener, al fin, el merecido galardón*. Dos veces había aspirado á regentar una clase de Retórica, y tres á una de Psicología. En el primer combate le derrotó un orador florido; en el segundo, un intrigante; en el tercero, el Ministro, que no quiso darle la cátedra á pesar de ir Aquíles en el lugar principal de la terna, *por considerarle peligroso para la enseñanza*. El Ministro se fundaba en que Zurita había llamado á Dios Sér Supremo en el programa, y así, con letra mayúscula (1).

Cuando, lleno de canas y arrugas, casi ciego, llegó á firmar la nómina, Aquíles aborrecía ya el oficio mecánico de sabio de Real orden. Aquella ciencia que él había

(1) Histórico.

amado tanto sin pensar en el interés, les servía á otros para ganar un mendrugo falsificándola, recortándola y dislocándola, á gusto del que repartía la sopa universitaria.

«Unos cuantos lugares comunes, que se repetían cien y cien veces en los ejercicios, algunas perogrulladas profesadas con pedertería, unos pocos principios impuestos por la ley, predicados con falso entusiasmo, para acreditar *buenas ideas*... esto, y nada más, era la ciencia de las oposiciones.»

—¡Dios mío, qué asco da todo esto!— pensaba Zurita, el eterno estudiante, que había nacido para amarlo y admirarlo todo, y que se veía catedrático de cosas que ya no amaba, ni admiraba, ni creía.

«¡Todo extremo, todo insensatez! En los Ateneos, mozalvetes que reniegan de lo que no han estudiado, audaces lampiños que se burlan de la conciencia, de la libertad humana; que manifiestan un rencor personalísimo á Su Divina Majestad, como si fuesen quisquillas de familia... y ante el Gobierno, esos mismos jóvenes, ya crecidos, ú otros parecidos, quemando incienso ante la ciencia trasnochada del

programa oficial... ¡qué asco, señor, qué asco!

«Ni aquello es ciencia todavía, ni esto es ciencia ya, y aquí y allá ¡con qué valentía se predica todo! Es que los opositores y los ateneístas no son completamente honrados; no lo son... porque aseguran lo que no saben, sostienen lo que no sienten.»

Estos monólogos, y otros muchos por el estilo, los recitaba el catedrático de Lugarucos en frente de las olas, en la playa solitaria, melancólica, de arena cenicienta.

Zurita era una de las personas más insignificantes del pueblo; nadie hablaba de él para bien ni para mal. Su cátedra en el Instituto era de las que se consideraban como secundarias. El fundador se había empeñado en que se enseñase Psicología, Lógica y Ética, y se enseñaba, pero, ¿para qué? Allí lo principal eran las matemáticas y la Náutica, la Geografía y la Física después, la Economía mercantil acaso; pero la Psicología, ¿para qué les servía á los muchachos? El director le había advertido á Zurita desde el primer día que en su cátedra no había que apurar mucho á los alumnos que necesitaban el tiempo para estudios

técnicos, de más importancia que la filosofía.

Aquíles había bajado la cabeza mientras despedazaba con los dientes un palillo. Estaba conforme; de toda conformidad; los pilotos de Lugarucos no necesitaban para nada absolutamente saber que el alma se dividía en tres facultades, sobre todo considerando que después resultaba que no había tal cosa, ni menos saber que la inteligencia tiene once funciones, cuando no las tiene tal.

—¡Ya me guardaré yo —le decía Aquíles al mar— de enervar el espíritu de esos chicos robustos, morenos, tostados por el sol, ágiles, alegres, valientes, crédulos, ansiosos de aventuras y tierra nueva! Que aprendan á manejar los barcos, y á desafiar las tormentas, y á seguir las corrientes del agua, á conocer las lenguas y las costumbres de los países lejanos; que aprendan á vivir al aire libre, por el ancho mundo... y en cuanto á Psicología, Lógica y Ética basta una salve. ¡Mal haya el afán de saber Psicología y otras invenciones diabólicas que así me tiene á mí de medrado física y socialmente!

Zurita, por cumplir con la ley, explicaba en cátedra el libro de texto, que ni pinchaba ni cortaba; lo explicaba de prisa, y si los chicos no entendían, mejor; si él se embrollaba y hacía oscuro, mejor; de aquello más valía no entender nada. En cuanto hacía buen tiempo y los alumnos querían salir á dar un paseo por mar, ¡ancha Castilla! se quedaba Zurita solo, recordando sus aventuras filosóficas como si fueran otros tantos remordimientos, y comiéndose las uñas, vicio feo que había adquirido en sus horas de meditación solitaria. Era lo que le quedaba del krausismo de don Cipriano, el morderse las uñas.

En una ocasión exponía Zurita en clase la teoría de las armonías preestablecidas, cuando estalló un cohete en el puerto.

—¡Las *Gemelas!*— gritó en coro la clase...

—¿Qué es eso?

—Que entran las *Gemelas*, el bergantín de los Zaldúas...

Y todos estaban ya en pie, echando mano al sombrero.

—¡Un bergantín en Lugarucos!

La cosa era mucho más importante que

la filosofía de Leibnitz. Además era un *hecho*...

— ¡Vayan ustedes con Dios! — dijo Zurita sonriéndose y encogiendo los hombros. Y quedó solo en el aula.

Y cosas así muchos días.

La Psicología, la Lógica y la Ética en Lugarucos no tenían importancia de ningún género, y á los futuros héroes del cabotaje les tenía sin cuidado que la volición fuese esto y la razón lo otro y el sentimiento lo de más allá.

Además, ¿qué filosofía había de enseñar á estos robustos hijos de marineros, destinados también á la vida del mar?

— No lo sé — decía á las olas Zurita. — ¿La filosofía moderna, la que pasa por menos fantástica? De ningún modo. Una filosofía que prescinde de lo Absoluto... mala para marinos. ¡Que no se sabe nada de lo Absoluto!... pues ¿y el mar? ¿Dónde habrá cosa más parecida á ese Infinito de que no quieren que se hable?

Quitarles la fe á los que habían de luchar con la tormenta le parecía una crueldad odiosa.

Muchas veces, cuando desde lo alto del

muelle veía entrar las lanchas pescadoras que habían sufrido el abordaje de las olas allá fuera, Zurita observaba la cara tostada, seria, tranquila, dulce y triste de los marinos viejos. Veíalos serenos, callados, tardos para la ira, y se le antojaban sacerdotes de un culto; se le figuraba que allá arriba, tras aquel horizonte en que les había visto horas antes desaparecer, habían sido visitados por la Divinidad; que sabían algo, que no querían ó no podían decir, de la presencia de lo Absoluto. En el cansancio de aquellos rostros, producido por el afán del remo y la red, la imaginación de Aquiles leía la fatiga de la visión extática...

Por lo demás, él no creía ya ni dejaba de creer.

No sabía á qué carta quedarse. Sólo sabía que, por más que quería ser malo, libertino, hipócrita, vengativo, egoísta, no podía conseguirlo.

¿Quién se lo impedía?

Ya no era el imperativo categórico, en quien no creía tampoco mucho tiempo hacía; era... eran diablos coronados; el caso estaba en que no podía menos de ser bueno.